





ANDRÉ CRUCHAGA
Camino cerrado

PORTADA

DR © EDITORIAL PRAXIS
DR © ANDRÉ CRUCHAGA
PRIMERA EDICIÓN, 2008

ISBN

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, archivada o transmitida, en cualquier sistema –electrónico, mecánico, de fotorreproducción, de almacenamiento en memoria o cualquier otro–, sin hacerse acreedor a las sanciones establecidas en las leyes, salvo con el permiso escrito del titular del *copyright*. Las características tipográficas, de composición, diseño, corrección, formato, son propiedad del editor.

EDITORIAL PRAXIS, Vértiz 185-000, col. Doctores, del Cuauhtémoc,
06720, México, DF, telefax 57 61 94 13
www.editorialpraxis.com

CAMINOS CERRADOS

ANDRÉ CRUCHAGA

Esta edición ha sido creada en formato electrónico
(PDF)
para ser distribuida por PALABRA VIRTUAL
con la supervisión y control del autor de la obra.

El Salvador / México



1ª edición digital
PALABRAVIRTUAL.COM
2014

ANDRÉ CRUCHAGA
Camino cerrado



PRÓLOGO

FRANCISCO AZUELA

Estudio mágico, luz intensa de una lámpara delgada, espacio lleno de libros, mirada atrapada en vidrios de lentes profundos, voz quejumbrosa y dolorida del poeta André Cruchaga estalla en el ojo de la cerradura de sus *Caminos cerrados*, donde un mundo real parece todos los días desangrándose el alma. La guerra rompe la lluvia y las alas yacen cubiertas de ceniza en la oscuridad de los tiempos. La bruma se ha instalado con todos sus dolores y su desolación cubriendo la noche del mundo, sin esperanza.

Quebrada la luz en el fondo de «una cripta antigua», la vejez devela heridas y torturas, es el horror de la muerte violentada, cadáveres fríos bajo las tempestades, ríos de sangre y abandono.

Estamos ante un poeta que denuncia de entrada la «Plenitud del caos» y la «Tierra del miedo». La viudez y el luto, herencias de un poder homicida y sanguinario siembran despojos humanos y deshechos sobre una tierra en llamas. A pesar de esta honda y larga expresión poética del sufrimiento, Cruchaga invoca una voz de esperanza sobre el hombre como un manifiesto de sueños y de anhelos, vuelo de gaviotas en el espejo de un mar tranquilo y transparente, sin espinas hirientes ni ríos calamitosos y enfangados de escombros.

Las luciérnagas tendrán un nuevo destello en los matorrales y la neblina se hará ausente en el corazón del hombre. En este deslumbramiento, la madera de corteza hueca ya no será un triste ataúd de cadáveres, es el deseo de un paisaje de mariposas bajo la lluvia recuperada. Así, en esa inocente sucesión de pasajes, de vida florecida y anhelada, entre la luz y la sombra, la desesperación se siente en las rupturas del aliento «Cuando la noche se desplome» en una cruel y «Oscura transparencia» y la hoguera del hombre se haya ido en el vuelo de los albatros entre «baldosas y bengalas».

Nuevamente el humo y la sombra en el remolino de la penumbra, angustia donde no se sabe si volverá «el rocío de las palabras» en este delirante «Acontecer diario» de la historia de nuestros hondos padeceres. Poesía política en el sentido aristotélico de nuestros días, «Bajo el caos, la palabra», donde naciones del oriente viven en llamas quemando arcillas y la voz del profeta en el horizonte desolado de los desiertos.

La noche, mil noches la noche de cadáveres, el polvo y el vientre deshojado en el «minuto eterno del caos»; heridas errantes en el «alfabeto de los buitres», baldío de túneles, huesos abandonados «En la miseria del instante» y la desesperación de un destino que explota en sus funerales sobre musgos y piedras silenciadas por el viento. Infierno de alucinaciones y breñales de inocencia en su simiente revelador de pájaros que se estrellan en su agonía de insomnios y de auroras.

La poesía de Cruchaga también es un mandato al exterminio de las armas y de las guerras, exigiendo la paz para ver y vivir con claridad el «oro azul» de nuestras vidas, la herencia cosmológica de nuestras existencias, humo fugaz de trenes silenciosos.

En este empeño obstinado donde la humanidad llora de rodillas a la orilla de la muerte, entre árboles caídos, «des-

pojados de todo». Lápidas metálicas en un mar de «espuma y arena», donde habita el demonio con sus alas enormes y oscuras arrasando el mundo.

Siguen los tropeles en los «espejos yermos» de las «Raíces del insomnio» que devora crepúsculos y vientos azotados en el vacío. La poesía de Cruchaga revienta con fuerza en la palabra, se mantiene incansable en la denuncia intensa, rompe paradojas «Entre la guerra y la paz» y en una triste y desgarradora anunciación declara que «Dios está muriendo con nosotros».

Siguen los cementerios en los que ya no hay suficiente espacio para la muerte del precipicio y «del despeñadero». En esta asombrosa y doliente cronología de la muerte, el «tiempo es atroz y sin sosiego» en el horizonte cotidiano de la angustia y de la falta de piedad cuando «La muerte arde en las pupilas» y se hace «piedra el corazón del hombre».

La rutina del dolor se vuelve tradición y parece aceptarse en un «Siniestro aguacero sin fronteras». Entre sepulturas y cenizas, huesos e incienso, «el eco desnudo y sordo de la piedra» graba con frase de oro «La muerte en la humanidad nace».

Cruchaga no es ningún sepulturero de penas y memoria, él no ha llevado a la humanidad a la muerte, su poesía es un mapa donde están tejidos todos los dolores del mundo. Duele leerlo, porque sus versos desgarradores están cargados de revelaciones sangrantes de nuestro tiempo. Él no ha inventado la muerte avasallada, al hombre torturado descubierto en los huesos de su memoria. André Cruchaga muestra el mapa doloroso de nuestra historia, de esta historia que se vive todos los días y lo hace de una forma tempestuosa y desolada, su poética huele a sal, tierra y pólvora con la que expresa la verdad para recordar a quienes quieren ocultarla u olvidarla. El hombre de nuestro tiempo es la víctima mayor de los grandes desencuentros humanos en este «Tiempo de bestias».

No es pesimismo ni «posesión de ausencia» en esta «quemadura del alma» deshabitada con «girasoles negros» en la niebla de un reloj que ha perdido el tiempo en el zarzal de un «sollozo de cipreses» con «violines de llanto» entre nubes y tumbas bajo una lluvia sobre los peñascos.

La telaraña crece, se apodera de la última lágrima en una huella enorme que es la «Negación de armonía», «Donde duele su coito de oscuro sueño y la esperma amarga» en la penumbra de un «Examen de conciencia».

En el «Alfabeto del extravío», en plena intemperie, «la esencia humana se torna más distante» en las ansiedades «de lenguajes oscuros» donde los trenes se pierden en la noche como una «Vida bajo piedra» y «La asfixia de este tiempo se siente hacia adentro» en una matriz desgarrada como «calendario de arena», «sobre las hojas de los eucaliptos, como el sonido de la piedra cuando cae el agua» en «un arcoiris de cometas».

En esos epitafios sobre bodegones de insomnio y de criptas de ceniza se ha perdido en la llama de los candelabros, invadida por murmullos de penumbra, congojas y escombros, el desamor.

En su tiempo de sombras, Cruchaga vuelve nuevamente a arremeter con su pluma de lluvia y de dolor «sobre los hilos del abismo», «En las huellas del escombro» donde «La profecía de los espejos está cumplida», en «Una huelga de mineros en Gutstinerdlach, México o Bolivia» y donde es falsa la sentencia de hablar de terrorismo en «los países No Alineados», que el imperio del norte pretende devorar. Así, «con alguna esperanza» y «una realidad vivida» en su «helada tempestad» de palabras, el poeta deja salir su voz en las tinieblas y contra el desaliento y «relojes vacíos» adonde se ha ido «el musgo de los sueños», en la «Caverna del escalofrío» caminando con dificultad en «el túnel de las pupilas», «Vistiendo un corazón de

guijarros». En esa estación de catacumbas» donde se asoman dioses antiguos en un tiempo «huraño y oscuro», la «brújula del alba» ha perdido sus cábalas en la «oquedad de la roca» cuando es «Alta la noche» y «El horizonte es una lágrima inestable» en «el feroz bramido».

La oruga «Debajo del cielo» es donde «La libertad desparra ma su espuma cansada sobre las sienes». «Hay hombres, mujeres y niños muriendo», «Oscuro es el viento para los que no han nacido», en esa «Mirada entre oscuridades» «Y la aurora de luz, duerme en la noche» recostada en su enorme sarcófago estallado en sus delirios, bajo una «lluvia de alfileres», quemados en el «fuego del alba».

Cruchaga, como un ave herida, lanza su desesperación y su dolor en la tremenda armazón de sus versos, donde están siempre, aunque parezcan repetición, la denuncia y la desolación del hombre, víctima de la guerra, la destrucción, la aniquilación y la muerte, realidades que no queremos ver porque nos queman y atormentan, pero el poeta con sus hondas palabras, como Sísifo, nos lleva al suplicio del eterno retorno.

CAMINOS CERRADOS

*A Joumana Haddad,
en la distancia apocalíptica*

*Los caminos abiertos
por el hombre
se cierran con el hombre.*
JOSÉ CORREDOR MATHEOS

Caminos cerrados apagados
hacia lo oscuro
morir sencillamente frente a la casa
derruida
noche devanándose en la lluvia
del delirio
hoguera de fieles en embriaguez onírica:

Tapiz de balas por aire y tierra
el unicornio de la paciencia
dejando húmedos temores en la ceniza
vajillas borradas entre las ventanas
edades astilladas frente a la pálida
Luna de las circunstancias
¿de qué materia están hechas las alas
el obseso gozo por lo oscuro
la fatua mutación de la neblina?

La ceguera hurga en el sueño
la demencia germina en las losas fracturadas
del tiempo como acérrimo enemigo
allá atisbo niños jugando con las quemaduras
fieles al destino de un milagro
allá atisbo espectros paseando su impunidad
igual que una noche humosa
de espejos dentro de sediciosos bull-dozer
allá se viven pesadillas:
Soterrada luz de la vida
igual que una cripta antigua.

PLENITUD DEL CAOS

A María Eugenia Lizeaga

Na guerra não existe vitória, mas sim diferentes graus de derrotas.

PAUL GOEBBELS

Nadie acierta a vivir en paz.
Envejecemos junto a la noche,
la pólvora y la tortura;
de la vena rota, el equívoco y la saña,
la carne arde sin vestigios de trino:
Piedra es el frío ante la casa devastada,
sombra la cultura del horror:
Cadáveres en el festín de la saliva,
miedo en el refugio de emboscados disparos.
Este tiempo fue hecho con frágiles diques:
Las moscas maduran en las bocas;
sórdidos andan los cuerpos
entre endurecidos bostezos
y hondo jadeo.
La vida no cabe en las paredes
pintadas de sangre;
las instancias de la tregua,
tienen un vestuario ajeno
a la memoria.

La vida se eriza ante la ramazón
de los relámpagos;
sábanas de hollín sacuden las ventanas:
La ceniza impera en el aire.
Ahí el mundo refleja su humanidad.
Entonces, uno se da cuenta, por desgracia,
que la historia no está hecha de sonrisas,
sino de una «guerra de contrastes»,
discursos
y millones de personas en la intemperie
aleteando frente al caos y el hambre.
Entonces uno se da cuenta que el mundo,
es ese escombros sudando un misterio huraño
como la ironía reseca del anhelo.

TIERRA DEL MIEDO

A Francisco Azuela, entrañable poeta y amigo

Aquí era la ciudad antes de la guerra.
Era el mercado, la escuela, el día;
ahora es el escombros y el aliento seco.
Giramos en un mundo, pese a la extinción
de las superpotencias y la guerra fría,
donde el único imperio se tornó Dios
y el relámpago de la pólvora, en pozo
de sutiles y volátiles esperanzas.
Hoy heredamos un mundo sin paz
y sin sonrisas:
Si acaso, niños escribiendo la lección
en fardos de misiles oxidados.
Seco es el futuro como la sed
y oscuro como el ciego devorado por la noche.
No parece humano este respiro de la carne
entre tanques y bombardeos,
pues la carne ha muerto: ahora es bulto
y deshecho y abrojo.
Ahora es labio cerrado el resplandor del ala:
El luto impera, noche de cuervos y de hienas,
antes cielo claro donde el pájaro gritaba,

sin la oscura corteza de una tierra en llamas.
Sin embargo, los juristas, ministros
y embajadores,
ensayan treguas de ficción
en una atmósfera de mármoles y ventanas.
Los mismos argumentos agitan la polilla
de las ventanas,
los mismos abanicos de un orden mundial
izando las banderas nacionales;
dan golpes sordos en las sesiones
de la Asamblea General de la ONU,
donde el secretario general tiembla en su penumbra
genuflexa, frente a la invasión rancia
de la nieve.

CUANDO LA NOCHE SE DESPLOME

*A René Chacón Linares,
poeta de la solidaridad*

Na guerra não existe vitória, mas sim diferentes graus de derrotas.
PAUL GOEBBELS

Que nos alcance la vida cuando la noche se desplome,
así será posible dormir sobre el césped
y tocar la memoria con los ojos abiertos,
quitarle su vestido al mar
y sobre el lomo de la espuma
respirar gaviotas desnudas hechas espejo.

Cuando las espinas cesen frente al pecho,
cuando la destrucción del mundo
ya no nos abrace
con su conciencia quemante y espeso relámpago,
cuando la vida no doble las rodillas
para convertirse en muerte,
cuando la luz ascienda a los párpados
y los ríos no sean la vena rota y el beso incierto,
cuando el íntimo silencio sólo sea silencio
y no mordaza,
cuando la brisa sea eco de espigas

y no ventarrón de tierra torturada,
cuando el pensamiento sea total combustible
y no seco destino del escombros,
cuando calle el miedo en sus absurdas raciones diarias,
cuando se deje de matar secretamente

a las luciérnagas

y los cadáveres burlen el tiempo entre matorrales,
cuando ya no se camine sobre llamas sordas
de rostros envueltos por fantasmas de huesos,
cuando la neblina ni la felicidad se beban

en tazas de petróleo

y las aguas, sin compuertas, bañen a los niños,
cuando la escritura sea materia memorable
para escribir la fantasía de la humanidad,
cuando el hábito oprobioso no hurgue en el espejo,
ni cobije la corrupción con esbeltas cortinas,
cuando el aprendizaje no sea resonante caos
sino piedra de insaciable contemplación cartesiana;
entonces, sólo entonces, habremos ganado

la prudencia del adobe

y restituido la vida

y el lenguaje sin cercos, para un presente donde el hongo
del ruido ha sido un vasto ornamento.

Cuando la madera ya no transporte cadáveres,
sonará su corteza a vida; temblará de revelaciones
en la sucesiva luz de las ventanas.

Cuando la conciencia del día destella en los ojos,
la claridad se aglomera en el dintel

frenético del paisaje,

cuando la libertad no es una sortija
de almíbares secretos
no son necesarios sigilosos tragaluces
sino un mojado portón de mariposas
con el soberano avío del deslumbramiento.

OSCURA TRANSPARENCIA

Detrás de la respiración está el pulso
de los perros;
frente a la noche, la impotencia,
las puertas evaporando los cuerpos,
las paredes manchadas de sueños,
el aire dilatado en la ironía.
Afuera, la lluvia restaña la memoria;
las sombras parecen heridas del destino
y los espejos tórridos nudos de cortinas.

El universo entero parece un solo billete del poder.

Vital imperativo la utopía
para desvivir la memoria en la almohada
e irrumpir en los espíritus trasegados
de las ventanas.

Ya no importa la pureza del aire,
mientras los pétalos sean ojos goteando,
callados terrones de lluvia profética.
Detrás de los murciélagos disfrazados
de paracaídas,
está la nocturna cueva donde el duelo
crece y la sangre cobija los muertos,

NOCHE ENTRE BALDOSAS Y BENGALAS

Al poeta Elías Letelier

Noche trágica. Noche del gemido ardiente.
Noche convertida en noche herida:
piedra rutilante en los mástiles de las sienes.
Aquí los senos heridos y el ala cortada.
Aquí derramada en la oscura saliva:
cortados los brazos y humeante el pecho,
enajenados los sexos, yertos los músculos.
Noche abriéndose a una solidez pastosa
de botellas;
la respiración sacude su melena orgásmica,
los telegramas del pensamiento asustan
como un purgante de violines
en medio de una alzada hoguera de disfraces.
¿Alguna vez los dogmas y las aberraciones
pueden verse en el espejo?
¿Puede la paz abrir las puertas de este milenio?
¿Pueden los gallos cantar más de tres veces
para hacer posible la lengua de los albatros
entre bisabuelos de imperiales faisanes?
¿Puede el imaginario recobrar la memoria
entre un laberinto de rascacielos

y el parálítico socavar su estupefacto hielo
de rugosa alambrada?

Tal es el tiempo en el paladar de las palabras
que respiración y paciencia se han tornado,
hazañas apocalípticas, sonidos inasibles,
manifestación abstracta del automatismo.

Noche trágica esta de lustrosos sueños:
en ella flota la lechuza con subterránea mirada,
en ella pudren los tomates su pasión de semilla,
en ella, simplemente, lo cotidiano es
el arma, ruda impúdica, derribando
 los húmedos plumajes de los muros.

ACONTECER DIARIO

Al poeta Jorge Etcheverry

Entre chatarras, la compulsiva pulsación
de los armarios,
el humo del destino gobernando chupamieles,
los inocentes viviendo en una sombra
de tijeras como finos bisturís,
el cascabel del pánico como feroz remolino,
el agua oxidada en tuberías rotas,
el riesgo de las paredes demasiado frágiles
en el aserrín donde arde la penumbra
y el rayo destiñe el almanaque verde de la luna.
Como una película de old wive's tale
o del far west, la bala hace visible
la hojarasca chirriante de la ira alevosa
y el fácil albedrío del pulso para museos.
No es fácil la verdad ante declaraciones
plenipotenciarias;
pero ella sobrevive, sustancia profética,
al peligro oscuro de este mundo
donde la libertad dicen poseerla los piromaniacos.
Así aparece la tiniebla de crujientes relojes
en la cavilación del cieno con dardos de cadáveres.

De la opresión al exterminio sólo hay un paso;
pero cómo hacer circulatoria la libertad,
sin que la desarmen las doctrinas con su aparejo
a cuestras en lomo de jumento,
sin que el miedo la convierta en obsesión clandestina
y tengamos ciegos sótanos por sábanas.
¿Cómo hacer volver el rocío de las palabras
y que cese el subdesarrollo y las criptas?

Ésta es la gran pregunta.
Ustedes tienen la palabra,
pese a estar rodeados de sutiles guillotinas.

NOCHES SIN MANCHA, NO BARBARIE

*Aire sin mancha
y el actual irrespirable veneno.*
JOSÉ EMILIO PACHECO

La noche cae en la barbarie;
la humanidad cierra sus brazos,
los juguetes pasan frente a nuestros ojos
como películas del cine mudo
enmohecidos por el desván de los cadáveres.

Esta ciudad, cualquier ciudad del mundo,
la inunda el pasado y el polvo
putrefacto de la carne.

Hoy todo es irreal como los fantasmas:
hay un desencanto incurable en los rostros,
unas madres con el vientre comido,
sombras toscas habitando la ceguera
en medio del minuto eterno del caos.

Bajo la noche con sus contaminados grifos:
cuervos pudriéndose en el cascarón
de su funeral,
ceniza sobre el moho de las paredes,

pozos filtrados por la ponzoña de las bombas,
temores más letales que los cables eléctricos.
Mientras el hilo de la baba intolerante
hace su red para atrapar la voluntad
verde del césped.

Difícil es vivir errantes, en abierta tumba,
porque nada nos cubre, salvo la intemperie
y el picoteo gastado del alfabeto de los buitres.

Lo del alma es otra historia. Los suicidas
la perdieron en su propia reja,
si no habría que ver las ratas
engordadas en las cloacas,
el espejismo incesante de los anzuelos,
y la tortura en los baldíos de los túneles.

La noche cierra los caminos. Pierde la memoria;
en la fila, los vitrales se han tornado huesos:
siempre el temor entre colmillos
de punzante veneno
hace que la materia se hunda
en la miseria del instante.

Nada queda después de fumar tantos epitafios
y silenciar el horizonte con la orina del despojo,
con peces torpes para dispararle a la destrucción.

La risa se fuga al final del sueño
y se vuelve obscena, banal y obscena,
y después quiere ser feliz en el anonimato,
dar gracias a lo inexplicable,
cuando la ética conoce de navajas
y obsesivos postres.

Nada queda ya para morir. Nada.
Salvo la destrucción, materia del viento,
salvo este delirio, camino de nadie.

cabildean para convertir las falacias en verdades,
el azúcar en gastada diabetes
y en insomnio histórico la hojarasca.

Las guerras devastan todo:
rompen la frescura del calendario,
desvive la melodía de las luciérnagas,
traspasan con su ráfaga las puertas de la humedad,
opacan el remanso del espejo en el aire,
secan el libro de la prudencia,
instauran un lenguaje de obsesivos cercos
y garabatos,
destierran por completo la alegría,
transforman la aurora
en una densa tormenta de vampiros.

Las guerras devastan todo en nombre
de la democracia y la libertad;
en nombre de ella, los miserables
trasiegan la pobreza
en simples imágenes de agónica arquitectura.
Así lo dice la memoria cuando
atraviesa los espejos
del trueno y la tormenta.

CESEN LAS ARMAS Y LAS GUERRAS

*Todo el dolor del mundo
cabe en un solo dolor*

GABRIEL CELAYA

Se puede vivir sin la hoguera enfurecida
de las armas,
luchar contra la ferocidad de este tiempo,
frente a frente hasta socavar el musgo
de las sombras curvas de la muerte.
La libertad sin armas se hace necesaria:
Por la vida de siempre, por el vasto exterminio
dentro y fuera de las cárceles,
cuyas bodegas silban de huesos, pústulas
y heces de ríos con espesa orina.

Cese el fantasma del sembrador de la muerte
y la risa del terror,
pues los cadáveres no cuentan en la bolsa de valores
de Manhattan, Santiago, Caracas, Buenos Aires,
San Salvador, Quito y San José y La Paz,
ni el nuevo orden surte la canasta básica,
a no ser de palabras mudas
y súbitos diluvios de sangre
vertidos en trenes de ceniza
y venturosas cumbres de sutil alevosía.

Yo no quiero una tierra inmunda de cadáveres.
Ya basta. Lloramos todos los días noche a noche,
este absurdo de omnipotencia religiosa.
Lloramos muertos a los muertos. Lloramos
muertos a los vivos en la proximidad del albedrío.
Lloramos vivos el bullicio de la pólvora;
ella sigue allí en la negación
de la risa y el habla,
en la vena rota de la tristeza,
en el tormento perenne del lamento.

Cesen las guerras; pero también la falsa paz
para no morir como íngrimo alambique del sistema.
La paz es necesaria —azul linterna del pálpito—
para apresar la sien viva de los trenes
y no el corrosivo laberinto de la herrumbre.

Cesen las armas. La paz es necesaria;
en su pulso, el hogar otrora sigiloso,
crece como una revelación de ventanas,
como un desván de pájaros
bebiéndose el cierzo,
como un lindero de impecable transparencia
para trasegar los ejercicios de la historia.

OBSTINADOS EMPEÑOS

Muere la humanidad: hombres, mujeres, niños.
Mueren del mismo modo como troncos de árboles.
Mueren en la desolación como los perros
pudriéndose en el silencio ardiente
que los niega.

¿En qué firmamento la misericordia es posible,
ahora infecunda y lejos de la tierra?
¿En qué noche vivimos despojados de todo?
El gozo de la luz es nada
y la nada avanza con todos los grises del caos.
Ya no tienen valor las oraciones: el Padre Nuestro
y los crucifijos;
tampoco es seguro el techo y las paredes.

La vida cede ante el asedio metálico;
no se ven lápidas para conmemorar a los muertos,
ni una fosa que almacene los cadáveres.
La guerra sigue con su graffiti de esquirilas;
su armadura arrasa las colinas,
hasta llegar al mar y calcinar espuma y arena.
Negro es el cuello de las nubes,
negros los cerrojos y las pesadillas,
negro el susurro y la Luna vacilante
de las linternas,

negro el sollozo en la espesura
del humo de los cigarrillos.

Todo lo ahoga esta úlcera inhumana del demonio.
Aquí o allá en el lenguaje parece
un viejo neumático
donde los murciélagos cuelgan sus alas
cuando pierden su propio horizonte.
Aquí o allá, en el asfalto, en la tierra suelta,
rígidos cuerpos
como la intrascendencia de la polilla en una vasija
donde fluye la melaza del aliento
con su propia lengua triturada.

Aquí o allá, entre lo negro y lo blanco,
entre lo amarillo y lo lampiño, todo es igual:
Calles sin zapatos, almas en el azogue
de la incertidumbre,
el futuro embriagado por el azar de los números,
ciegos cómputos donde se restan las caricias
y el horizonte tiende a ser roca,
forma nada más de un fondo sin tacto,
forma de esta historia donde el vértigo
quiebra los andamios del mundo.

RAÍCES DEL INSOMNIO

No era silencio la alfombra prolongada
de la noche;
era aire de ceniza ahogando los zapatos,
crines de antifaces y fusiles,
hormigas cruzando la sombra de la cama,
rieles de miedo, eléctrica herrumbre de la boca,
anclas en los recuerdos, mudos tropeles
en el filo de los dedos de estas horas
con promesas a la deriva, espuma del desvarío.

El zumo de este tiempo es corvo. Sumo poder
del caos.

Las armas cuelgan del aire sin disimulo.
A menudo la sonrisa resulta inútil:
las miradas llevan pólvora o saetas;
no sirve estar atrás de una pared:
el adobe o el ladrillo son frágiles ante el hierro
de estos espejos yermos.

Cada quien pasa con ávidos suspiros;
palpita el calor y el frío, el Norte, el Oriente y el Sur.
Los crímenes siguen como candorosas lianas,
abrazantes serpientes enardecidas,
creciendo sin piedad y ocultándose
en las bóvedas del crepúsculo

o en los secretos hangares de los muelles.
Nosotros siempre vivimos en trance de muerte.
Tiempo fatídico. Horrendo carbón del sueño,
aquel entre las pezuñas de las piedras
y el excremento rojizo de la deseada esperanza;
los recuerdos están transidos de harapos,
lo mismo que la lengua gris del asesino,
lo mismo que las palabras
y los podridos clavos de la zozobra.

Nunca imaginé vivir esta vida inexistente
donde la ceniza cimbra su ulular
de flamígero viento.
Nunca imaginé caminar y caminar y caminar
sediento de súplica;
ahora, sin embargo, cuando los funerales
son por segundo,
y el alma fluye en el umbral de las pupilas,
no queda sino invocar la paz, ahora mismo,
por todos los muertos arrojados al vacío.

una ráfaga, un asalto o un puñal
son parte de esta hipnosis colectiva
del despeñadero.

La impunidad ya no es furtivo viento
sino una metástasis inexorable
cuya sagacidad tala los dictados de la conciencia.

Entre la guerra y la paz,
hay pliegos de anfibia malicia:
Amuletos erigidos en palpitantes ídolos,
eucaristías adulteradas por brebajes
de insípida embriaguez,
cuerpos en la sal de la amenaza,
sombras mordiendo los dientes
al borde de un museo de huesos,
fósiles del honor, acantilados del tizne
y ciegas tuberías empapadas de sangre.

Entre la guerra y la paz, palabras,
ceremonias y un laberinto de gargantas
donde la boca se alienta
del musgo volátil de los retretes.

TIEMPO ATROZ Y SIN SOSIEGO

Desde este tiempo atroz y sin sosiego,
fatigado de respirar en ráfagas,
hundirme en la esperanza verde del aliento,
de elevar las noches en mañanas,
de respirar sobre las gradas de la destrucción,
comerme las uñas de la paciencia sin piedad,
rozar otros cuerpos bebiendo crepúsculos,
mirar la incertidumbre en tecomates
de angustia,
sumido en el jarro de mi propia materia,
goteando pájaros de sueño,
el dolor despierta a la muerte.

El consuelo es una manera de acariciar la tristeza
cuando la patria nos duele en la garganta:
la muerte arde en las pupilas.

Este tiempo volvió piedra el corazón del mundo.

Vieja es nuestra noche: lejana claridad
el suspiro en el césped verde de la lluvia.
Grita en mis oídos la humanidad soterrada:
suena la soledad rumorosa de la neblina,
quejido de esta sombra, cara del óxido;

losa este odio, acaso ciega oración
sin brazos.

Pero este tiempo es así, nos toca gemir noche y día,
pues los mapas abisales de las sombras,
enormes mapas de laderas, ponen la carne
en dolorosas latitudes
y solsticios de jadeantes gritos.

En la ciudad fulgura de todo, menos la luz.
Cada quien vive en su guarida:
recia tormenta que vuelve frágil
el oleaje memorioso de las sombras:
siniestro aguacero sin fronteras
cuya corriente arrastra
con su pálida espuma
el arbusto, las sábanas, el hálito azul del rostro
y la pupila arcillosa de la tierra.

LA MUERTE EN LA HUMANIDAD NACE

*Le dijeron: «No mueras más,
has muerto tanto».*

JORGE ENRIQUE ADOUM

Lo único cierto, después de todo, es la muerte.
La quietud y el silencio llegan con ella.
Persecución y cárcel terminan
en la sepultura.

Los perros pierden a su guía
y mueren vencidos de inefable dolor.
Nadie puede vivir en perpetuo fuego,
rugiendo en un circo de naipes con piano de fondo,
disparando cenizas de Ícaro a medianoche
o leyendo manuales para dignificar la memoria,
en una oscura barbarie donde cuelgan
ojos de alquimista y violines de murciélagos
haciendo gemir su pecho desesperanzado.

No mueras más, resulta una expresión fácil de decir,
cuando diariamente se respira la crucifixión
y los clavos del hambre tocan diariamente
la almohada amparada en la oscuridad de los cartones.
Como se ha muerto tanto, la muerte ya no inmuta;
uno ha aprendido a verla en los quioscos,

en los desfiles, en los monumentos de las plazas,
en las novelas de gánsteres, en la historia
pasada y reciente
donde los cuervos se tornan ruiseñores:
muchas de ella suceden igual que en la TV,
el más atroz de los asesinos se convierte en héroe,
deciden entonarle himnos y aleluyas
y hasta publicarle una ficha bibliográfica
en las grandes enciclopedias.
¿Qué ha sido de este país? Museo de huesos,
vianda de moscas salpicadas por espigas
de lágrimas.

La gente busca a la mañana en las iglesias
y dicta sentencias de cipreses en las espigas de los parques;
pero la muerte está ahí, en los ojos del incienso,
en el crucifijo, en el cansado ruido
de los autobuses,
en el eco desnudo y sordo de la piedra
quebrando espejos,
en la verdad, aunque sea la única esperanza verosímil,
en el libro de ficción de la ceniza,
en la fosa, fondo último donde babean
los gusanos su merienda.

Y seguimos muriendo, ya en calidad de fantasmas
en este «manicomio lleno de muertos vivos».

TIEMPO DE BESTIAS

Es un juego de implacables golpes,
uno sobrevive entre roídas cenizas
y la pausada tortura de campanas;
a menudo no se entienden los áridos ataúdes
donde va cuerpo y alma, inocencia y súplica.
Aquí el tiempo jadea con fiebre de humo.
Cada día desemboca en pasto de muerte;
no bastan dos alas sino la velocidad del relámpago
para abrir la entraña de una mañana sin abrojos.
Zumba en los párpados el enjambre de abejas,
duele la bala en el azogue de la lágrima,
caen los vidrios como la luz
en los desvaríos del pensamiento. Caen sombras.
Caen ojos y la sangre en las fauces de la sal;
el miedo asciende a los muros de la bruma,
no hay armaduras ni albergues posibles
para sortear senderos inmunes,
sino un calendario rehén de poros abiertos
donde arden coaguladas esquiras.
Nuestra patria jamás ha sido esa tierra prometida:
Su historia es de sangre; sus tinajas, de muerte;
su lecho, incendio: prontuario de hormigas
bordan su cielo.
El olvido no es posible y jamás podrá serlo:

Tormentosas jaulas bordean los sueños,
la náusea sigue mientras el verdugo disuelve
la sangre en abismo,
mientras la edad se convierte en cementerio
y las fauces de la hoguera conspiran
con su máscara
contra esta vida de pálidas venas.
A fin de cuentas el camino del alba es sombras
y silbido el tren desgarrado de la entraña.

POSESIÓN DE AUSENCIA

Y ahora que contemplo mi vida...

EUGENIO D'ORS

I

Ahora la felicidad tiene el tamaño de una luciérnaga;
uno está solo volviéndose pasado cada día.

Afuera de nosotros la noche también es pasado
y se gasta en insignias de insatisfacción.

El sueño hurga en las semanas
donde los derroteros fueron amputados
por el atavío del sobresalto.

Estamos en la navaja del dolor,
bebemos la prisa de los pájaros;
los discursos, en manteles finos;
la erosión, en postres de tinta azul;
la obstinación, en los falsos números de la economía.

La duda salta como un colibrí afanado
en su jornada
de ganarle los secretos a los chupamieles;
pero el dolor está aquí: quemadura del alma.

Los días no son nada pese a la densidad
de los minutos.
La suerte se rinde a los huesos del perro
que lame huesos calcinados
con aceite vegetal
y húmeda saliva de cierzo sin que la lengua
toque las alfombras
y la mesa sufra con periódicos sucios.

Ahora la felicidad es casa vacía donde nadie llega
y las enredaderas no humedecen los tapiales
con el susurro verde de su sangre.
En ella la llama se ha tornado mueca;
y acaso, incomprensible musgo de dialectos,
el ojo abierto del presente.
¿Dónde está el dilatado asombro de la espesura?
¿Dónde el tránsito de lo ganado?
¿Dónde el pecho cándido sembrando pájaros?

Hoy todo niega a todo:
En el pecho crecen noches
y se afirman las sombras
alrededor del viento.

Ahora, lo que fue felicidad es agonía.
No es el fuego de posesos cerillos,
ni los cirios de incienso en el altar mayor del pecho,
ni una cabaña azul en el cuerpo,
sino un pañal de caballos en las pupilas
rasgando sus líquidas herraduras.

III

(Sin duda) Habrá palabras nuevas para la nueva historia...

ÁNGEL GONZÁLEZ

Es difícil encontrarse al borde del naufragio
y a solas los pensamientos en el desfiladero:

es un haz de abismos la historia.

Sólo el sinsabor del eco acompaña

y el arroyo de la herida donde se plantan
las huellas del camino.

El país transita en mi pecho

con su melena de huesos;

la espuma de la zozobra lo cubre.

Los cuerpos caen y los envuelve la niebla.

El tiempo calla.

El miedo corta en trozos los muslos;

seno y vientre apenas maduran su forma.

Lejos del alma está la felicidad

y el florecido alfabeto del Sol

con su impermeable amarillo en los ojos.

Bajo este gemir pestilente de encajes,

la vida bajo el dedo nocturno de las sombras,

parece un cuerpo sin lecho,

un reloj ensangrentado por fusiles,

una vasta incertidumbre de voces,

un precario personaje de circo,
una tortura ardiendo en el zarzal de su drama,
un cuerpo con sollozo de cipreses,
un hilo que se rompe con la desunión del país.
Bajo este tiempo, lento tiempo de muerte,
el amor no existe (al menos como uno lo piensa)
y los días terminan siendo
 oscuras ventanas de ciegos.

IV

*Somos desolación o cruel recuerdo,
vacío que no encuentra mar ni forma,
rumor desvanecido en un duro lamento de ataúdes.*

ALÍ CHUMACERO

Los rostros evaporan sus guijarros,
mínimas losas sosteniendo los muros de la patria,
gorros pasamontañas sobre la cara de lobos
mordiendo al galope con su aterrador aliento
de tormenta y peñasco.
Cráteres de saliva disparando meteoritos,
quejas a mansalva ilustrando fantasmas,
hacinamiento de orina en las esquinas,
retretes suicidas como parte del paisaje urbano.

Esto es lo que tenemos cuando la catástrofe
nos inunda:
Muertes de película y lúcidos asesinos en serie,
violines de llanto con lengua ensordecida,
zapatos petrificados bajo los dedos de la sangre,
escupidas de pólvora o elásticos cuchillos
con lengua carnívora,
ojos tardíos corriendo tras las nubes,
tumbas irreales donde la milpa roe los huesos
de los cuerpos devorados,

Llega la noche y el estío no claudica.
La Luna calla en el fondo de los espejos;
el odio gime como herencia irrenunciable,
hiede, deshace, destroza, duele su haz de espadas,
duele su coito de oscuro sueño y la esperma amarga,
duele su trance de máscara apolillada,
lujuria entre la carne y el arma,
muda ansiedad de lengua desvelada
en el ataúd vivo de los sentidos.
Desde el día el hollín en las entrañas,
poseo tiempo donde fluye abismo
y desamparo,
prolongada negación de la armonía
donde el mundo parece un callejón sin salida
y los jardines un incesto de cadáveres.

ALFABETO DEL EXTRAVÍO

Con todos estos minutos de zozobra, quebrada
la olla, deshecho el poyetón,
 polvosos los utensilios de cocina,
 en caos las finanzas,
champas en las aceras mojadas de orina
transeúntes mohosos buscando algún portal
para que el lento frío de la intemperie no los consuma,
encendidos los focos del hambre,
entre botellas de afilada embriaguez,
embravecida el agua de las cunetas,
inalcanzable el sueño de otro reino,
la esencia humana se torna más distante
y la meditación innecesaria
 cuando en derredor,
todo es abismo, abierto abismo de huesos,
barranco de abruptas ansiedades,
o habitual oscuridad de golondrinas
 ensayando su desazón.

El país se ha vuelto el principio del no ser.
Lo que fue posible aurora hoy es
 una máquina de alfileres;
lo que fue música, hoy es estruendo macabro.
Todo va hacia el terror; los laberintos se amplían,

la gotera de los calcetines lame al suelo:
el gris de este mundo, hilo de sombras y vejamen,
hace irrespirable el techo y la casa.

A través de sus raíces turbias, materia corrupta,
vivir se vuelve una aventura dentro de burbujas,
una hazaña de pesada desesperación,
un caminar permanente de lenguajes oscuros,
un riel donde los trenes esparcen la noche
y rechinan su figura de moneda herrumbrosa.
Hasta cuándo la muerte será el plato vivo
del planeta
o aceptada la omnipotencia del albedrío
como forma de vida y conciencia.

Hasta cuándo el horror será pujante pijama
y el silencio un rosario de cansadas piernas.
Hasta cuándo la negación casi religiosa,
la familia en puzzles,
la «vida no terrena»,
si la eternidad del alma hoy resulta increíble
en un mundo donde las pesadillas agobian
como el terrorismo de estado
y las verduras escasean de húmedos ensueños.

VIDA BAJO PIEDRA

La asfixia de este tiempo se siente hacia fuera:
Túnel donde la noche hace su nido
y el abatimiento mata a mansalva
como el viento cuando arrasa la arena en las playas;
la asfixia de este tiempo se siente hacia dentro:
hunde la sed su daga de miedo,
toca las vísceras donde gravita el cuerpo,
aspira la boca, la calle desplomada del anhelo
a la vida, como único sudario fantástico
de la ramazón humana.

Tanta vida no es posible para tanta muerte,
ni es razonable hacer de las ciudades cementerios,
ni de las calles un largo féretro
donde no sólo caben cuerpos, tardes, límites,
sino el atlas azul o sepia de la memoria.
Hemos llegado al fragor de las brasas,
a la matriz rasgada del desvarío,
al golpe para afirmar la verdad,
a la ametralladora o al fusil para poner orden,
a la cadena de TV para uniformar el fuego,
al robo para quitarle al cuerpo su alma de ventana.

Todo esto que nos pasa es el nudo y la trama,
de ese siempre herrumbroso calendario de arena:
pero, también, abierta noche cuyo corazón languidece
por su consola cerrada de sonidos;
vigilia de cansada esperanza,
jornada diaria al borde de la fosa,
tos de dolida queja e insomnio,
espinas por doquier madrugando al hombre,
matándolo como se oye el viento
sobre las hojas de los eucaliptos,
como el sonido de la piedra cuando cae al agua,
como el canto sordo de los mudos,
como el relámpago ahogado en el agua
de una nube.

Así es hoy el tiempo. Sin embargo,
los niños quieren dibujarlo
con un arcoiris de cometas.

pero lo cierto es que aunque sigas las indicaciones
y contraindicaciones la susodicha medicina no hace efecto.
Así pasa afuera, frases audaces para hacer
un país surrealista,
frases para crear sonambulismo, mudanza de párpados
frente al monstruo de fuego y ceniza
que invade cuerpo y batalla.

Hasta cuándo los caminos se abrirán a la vista de todos,
los ruidos no sobresalten el espíritu, ni la vaguedad
sirva de abrelatas de la esperanza,
ni el calentamiento global sea pretexto para la negligencia,
ni la seguridad nacional nos borre del mapa
con sus ojos cerrados;
hoy todo es una alianza firmada con la penumbra
de ciegos escaparates y sediciosos murmullos,
sueños cuya certeza queda borrosa a la invariable verdad,
sueños sin hechizo, sueño de cuervos erigiendo tumbas:
escalera desde la cual se baja al escombros
para conjurar la hilaridad del maleficio, pues llorar
ya no se puede. Suficiente fue el extravío y la firma del
adviento,
suficiente haber vivido en la sombra de la congoja,
y sentirse vivo aunque los ojos resbalen en los muros
y se haya ganado otro abismo igual o peor a la esencia
del fracaso, el grito o el desamor.

el grito y el destino disperso en una realidad
de domésticos litigantes.

Hoy se palpan más los ruidos a la hora de los zapatos;
los que están naciendo están dominados
por el cataclismo de las próximas horas.

Es imposible la lluvia sin olvidos;
lo es el dengue en los platos, en el vaso del difunto,
en el esqueleto de un futuro incierto
donde los anteojos se vuelven réplica imposible
de los ojos
y las evidencias: sombra y muerte, sólo eso
universalmente hablando
tal como hasta hoy ha sucedido: un coche bomba
en Afganistán, una emboscada en Irak, la crisis en Líbano,
un tsunami en Santorini, Krakatoa e Indonesia;
una huelga de mineros en Gutstinerdloch, México o Bolivia;
la lucha contra el terrorismo de los Países No Alineados;
las tormentas tropicales fluyendo a contratiempo,
para luego convertirse en huracán de vigorosa turba:
dibujar la muerte entre un redoble de vidrieras rotas;
y una y otra y otra protesta en El Salvador
por la falta de agua, cuya sed creciente derriba los muros
de la indiferencia.

II

Gime la sequedad de los ríos en su ataúd de piedras;
salpica de desenfreno el mapamundi.

La noche muerde la vida con su absurda boca;
todas las maravillas de hoy cubren de vanidad
la cara.

Horroriza el círculo con estrellas artificiales
y el bolsillo de cada ciudadano con arma.

De repente, a todos nos cunde y azota el miedo:
Cada paso conduce a este matadero cotidiano
de sobrevivencias;

temblamos al cielo, a las banderas furtivas,
al labio mojado de esquiras, a la razón del vidrio,
a la humedad de la orina, a la hoguera
del santo rosario empapado de gritos y súplicas,
al insomnio flameando como cadáver,
a los locos glorificando el asalto, la muerte
y las catedrales de pólvora
para luego consumir el aire de las ventanas.

Nada hace falta ya después de todo este ventarrón,
de violencia canonizada;
si acaso, ver babear al granito
y cerrar los labios al suicida
y a la danza de feroz mediocridad.
Ahora nadie puede reconocerse;

pronto el grito será el sonido de la obediencia,
mientras las facciones aúllan
(ahogan sus brazos en buenos trajes y mejoran
su anatomía con su vanidad agigantada),
el terror estira sus ojos, delirante de levadura
hasta la puerta de la casa.
Allí desgarrar su gemido
y extiende alfombras de vértigo y horror.

CON ALGUNA ESPERANZA

Con alguna esperanza vemos el cambio
de la pared manchada,
el suplicio y la cárcel de acicalada desesperación,
la pesadumbre gobernando los afectos,
el fuego bebido en dosis de razón sacrosanta,
el gusano de la ambición mordiendo las entrañas,
la guerra como un oficio hartándose la tierra,
la prédica de los derechos humanos como contrapunto
a los estertores silenciosos del temor,
la alabanza de la paz en los tinteros de los crímenes,
jinetes del erario con disfraz de mortaja,
la ruina posesa en que vivimos,
el huracán ascendido a escritura bíblica;
con alguna esperanza los hilos del afán futuro
serán mejores
y no como la dejación humana del presente,
donde el buen rumbo no tiene prisa,
la memoria sólo es una zancada del cuerpo,
y el gozo un cadáver esperando su propio navío.

De todas maneras la lección de la vida nos dice
que todo muere o está en incesante destrucción.

Este tiempo sólo es la porcelana de otro mayor,
el mutable, creciente tránsito de la noche,

REALIDAD VIVIDA

*No es un dolor por los heridos ni por los muertos,
ni por la sangre derramada ni por la tierra llena de lamentos
ni por las ciudades vacías de casas
ni por los campos llenos de huérfanos.*

Es el dolor entero.

JOAQUÍN PASOS

Ésta es la tierra donde he nacido
y aunque la sombra del caos la arrastre
y la patee la cresta de la muerte,
el musgo rocoso de la desarmonía,
la espuma del matorral lamiendo los caminos,
la brasa del engaño,
la agonía tocando la puerta de madera
y el umbral nebuloso del zaguán,
rostros arrugados subiendo escaleras
para escapar del hierro de las cerraduras,
la verdad y la mentira inventadas, ascendiendo a la realidad,
aquí me abro a la esperanza, a la luz, a ese espacio ancho,
sereno, de un camino que pueda
sazonar otro firmamento diferente
a éste que nos ha elevado al dolor
y al ciego exterminio.

Aquí entre dilatadas penurias escribimos la historia;
cada sílaba nuestra construye el horizonte,
en cada sonido del aire elevamos el aliento a silbido,
en cada herido resucita un pájaro dormido,
en cada beso escribimos un libro de esperanza.

CAVERNA DEL ESCALOFRÍO

Cada paso en el fondo de la caverna
donde el Sol expira
y la Luna se vuelve una luciérnaga
sobre los tapiales de las alucinaciones de los altares
erigidos con los puzzles ebrios de las polillas.
Así asiste cada día el ojo al camposanto,
a esta alquimia de confusas lagartijas.
No es fácil en estos días ver la luz del césped en paz;
imposible, los jardines sin maleza
hundidos en el escalofrío sonámbulo de los mapas,
del tablón del horizonte,
de la malicia voraz de las alegorías.

Uno camina entre evangelios rotos, escaleras
de feroces huesos,
en este destierro a ciegas del filo;
cada transeúnte lleva debajo de los pies
heladas sábanas y feroces mordeduras de relámpago;
cada transeúnte fabula anónimas jaulas
de tenaces puertas, diluvios de arrebatado horizonte.

Desde el fondo, la piel precaria, vulnerable,
olfatea el musgo de los sueños;
el hombre a solas, arrastrado por la lluvia del exterminio
lo mismo que en un campo de concentración,

donde otro mundo no existe, sino tuberías
ávidas de deshechos.

Extraño es caminar dentro de este aliento de ponzoña
y todavía aspirar un tren que derribe
la pesadilla de las puertas
y borre la anatomía doméstica del cuerpo.
No encuentro explicación para esta boca de espasmos,
ni para la peregrinación posesa de la violencia,
tampoco por qué los párpados arrastran
pólipos de helados dientes
y barrotes de selva con secretos andenes.

Puede entenderse cualquier cosa, menos este desatino.

Alguien vulnera la Providencia
y hace una carpa con los desaparecidos
en la secreta antesala del sollozo.
Alguien arrastra por el túnel de las pupilas
un museo de coagulados grises,
hilo de hormigas como una hoguera de recuerdos,
un pedazo del nosotros en deshabitado sepia,
un desvarío de muertos acechando la vida.

Alguien se nutre con el ritual del crimen, degollados
faroles puestos en envases de Coca-Cola,
agujas de la publicidad en colecciones de tv cable,
metal rock al amanecer sin Kleenex,
vistiendo un corazón de guijarros.

ESTACIÓN DE CATACUMBAS

Como los dioses de los antiguos imperios,
asoman implacables en las ventanas,
fantasmas de hoy, cómplices de sombras,
desdibujando el rocío de las sienas
para que reine el iris árido de este cosmos,
vida de museo donde la noche arrima
desollados cuerpos, sótanos de próspero crepúsculo,
calles con inalcanzables muros,
fronteras donde el mar sube a las pupilas
y los navegantes se ahogan en el espejismo
desorden impuesto por el mimetismo de los disfraces.

Cuando el tiempo se vuelve huraño y oscuro,
y el arroyo del vitral mutismo,
y la palabra se adhiere a la zarza del escombros
y la oscuridad se torna sahumero
y el agua no sofoca el pozo del erial
y el camino arde en los ecos de la conciencia
y no hay arrullo visible, ni un candil
para habitar los espejos,
y la respiración deambula como luciérnaga
en la huella de mil papeles,
el hálito ha caído en el vacío y la hoja del aliento
a los vagones de un tren desvencijado.

Cuando las manos deshojan los vitrales
y el íntimo alero de los astros roto,
vivir es un prodigio. Una posibilidad
frente al imán de la almohada.

Cuando las claves del sosiego desaparecen
y la ilusión animada del instante no cuenta
y el chubasco de la saliva es fuerte,
la eternidad se convierte en tímido guerrero,
crepúsculo de transfigurados ausoles,
rendija del miedo, bóveda de lacrada hojarasca,
reloj de monásticos presagios,
rumor desviviendo los pabilos de las lámparas.
Cuando esta suma de la muerte en su trayecto

no cesa,

y los vientos de la pólvora tampoco callan,
y la filosofía del miedo suspira en la savia,
y el vuelo termina en velas y candelabros,
la vida ya no es posible, porque nadie vive
sin la beatífica túnica de la armonía
o en el claustro desnudo de la diáspora.
Cuando el dolor es urgida amenaza
y progresiva la tribulación en las sienas,
un refugio es la hospitalidad más diáfana.

FUERZA DEL ESCOMBRO

No es fiable la ciudad, la casa, la ventana;
nadie duerme ni se acuesta tranquilo
en su cama sabiendo que el vilo
es el propio salvavidas ante el huracán
de la estafa, el asalto y el secuestro.
En el tranvía del sueño hay borrosas fantasías;
las lianas del crimen supuran dolor.

Amanece y ya en los espejos de la bruma
está esa ansiedad de desvivirse. En cada calle,
uno descubre el duelo como nutritivo alimento,
el reloj del anhelo inválido, la respiración
cruzando oscuros tapiales de adobe,
la fuerza del escombros asumiendo su propia hazaña
de hacer migrar la vida hacia el vacío.
Hoy es una aventura peligrosa vivir aquí:
la urgencia diaria de los párpados abiertos,
el laberinto de los portales arreciando los latidos,
la calle con su larga fatiga de hormigas carnívoras,
la brasa de la aflicción quemando el rocío,
la libertad olvidada en un cuaderno de balastos,
la vena transformada en espesa maleza.

En cada esquina cae la vida como gota de agua
del tejado;

nadie se atreve a construir la verdad,
ni recobrar la serena brújula del alba,
ni ser memorable rendija por donde la luz
transforme esta sed en oasis de cábalas.

La noche arrecia y la vida resiste cuanto puede.
Crece la confusión al observar el mundo:
la nada aflige con sus rincones de polilla,
la hoguera brota como áureo incienso,
la ley es una feliz ausencia; en torno a ella
se pasean los vitrales de la impunidad
y las amnésicas paradojas de la ciudadanía.

En este tiempo sitiado por ventanas afónicas,
el aroma del buen augurio deja de ser alacena
para convertirse en victoria de espinas.
Uno aprende, sin embargo, a abrir los ojos,
a respirar internamente en lo oscuro,
a sortear la babel de los espectros,
a salir a la calle y caminar con el miedo,
a alternar entre el nicho y el cadáver,
a ser otro helecho supurando ansiedades,
a ser otro ojo tendido sobre la ceniza
de este tránsito histórico.

ALTA NOCHE

Caminos quebrados por el viento y comidos por el asfalto,
caminos finales, sin párpados y pupilas,
caminos de sombras para llorar sin ojos,
sangrar cada momento de la noche en el pecho.
Caminos sin cuerpo, amarrados con el nudo de la angustia,
azotados por callada música
y ciegos jardines rompiendo la oscuridad;
caminos profundos en la oquedad de la roca.
Polvo queda en el instante en que se patea,
bultos de ronca túnica lamiendo la vida,
para borrar el seno caliente del sentido.
Sobre sus losas de caballos y apretadas fauces de noche,
la vida se hunde en la garganta,
el cielo se vuelve una boca de voraz redondez
y la serenidad un terreno imposible de transitar.

Hoy uno combate contra fuerzas que no conoce.

Alta es la noche invocando otros destinos,
secreto es el gemido de las frondas de la lengua;
azota la baba de las gaviotas sobre cirios,
mancha el destino con sus vividas heridas,
las manos muerden el agua de la orilla
de la poca tierra pegada en los despeñaderos.

Mientras nos movemos en esta sal rutilante,
el horizonte es una lágrima inestable;
mientras la cerrazón parece un vestido hecho con piedras,
el deseo de salir moja los párpados
y el oído hace de las palpitaciones un vacío de cauces;
mientras el amor no sea un pozo de brasas fraternales
y el odio sostenga los brazos del mundo,
el gozo por vivir será el ala de la herrumbre.

Mientras la paz no llegue sin abismo, no será paz.

Mientras no se firme sobre el cuaderno de la claridad
y la luz no sea secreta morada,
ni la muerte el plato fuerte de las campanas,
no habrá paz ni horizonte confiado.
Mientras nos muerda el cuchillo
o nos corte un brazo el asalto y la bomba
o el fusil,
mientras la tumba se abra a nuestros ojos,
y el grito del Sol, ebrio, sea intocable,
mientras el camino huérfano de la carne
sea feroz barranco, estado de sitio prolongado,
y descienda hasta la hierba,
no habrá paz, sino el feroz bramido de la noche
mordiéndose llaves
sobre un montón de cadáveres.

Sobre la tierra y debajo del cielo transcurrimos:
la ciudad, la calle amarran los pensamientos;
la libertad desparrama su espuma cansada
sobre las sienes.

Nadie al parecer se salva de este mar hundido;
salvo la memoria monótona de los fósforos
quemados sobre el asfalto
y sostenidos por el hilo fruncido de los zapatos.

Este infierno no tiene límites:
Arrastra la pelota de los sueños como moneda
de alcantarilla;
arrecia en las semanas, arrastra puertas
y paredes de adobe,
debajo del concreto tumba los semáforos de los árboles,
devora los cuerpos y abrasa la vida;
pero aquí tenemos que permanecer (ni modo)
entre voraces cuchillos, entre callados anteojos,
entre embarazados vestidos.

Debemos salir a la calle con calcetines mojados
y aguantar el resfriado de las bocinas
y doblar las esquinas asomando la cabeza
para que la travesía no nos convierta en escombros.

Todo este infierno sin límites
corroe mis sentidos.

No hay mano que seque este río de sal,
ni memoria para suturar la calle rota,
ni tierra fértil para plantar esperanzas gigantes,
sólo puertas de trenzado silencio
donde la luz no usa su sombrero transparente
sino un alero de ciegos goterones.

MIRADA ENTRE OSCURIDADES

Frente a este mundo de años oscuros,
coronar la memoria sin límites,
sin cosméticos, antes de morir
en los jardines obligados del calendario,
es ganarle la guerra a los fantasmas
o a los que se ponen lentes multiformes
para jugar con el rostro sobre los espejos.

Todo este tiempo, mientras los grillos engordan
imperturbables,
hemos estado reducidos a esa oscuridad abierta
de la medianoche,
al catecismo, al salmo, al proverbio,
al fuego acogedor del sobresalto, a las teorías
antropófagas de los políticos...

Vivimos entre un océano de rocas, fieles
a la simulación de los pájaros;
a ratos nos muerde el revés de los espejos,
los neumáticos del horizonte,
el facsímil de los sueños entre papeles de incertidumbre
y un Dios tambaleando ante las hegemonías
del uranio.

La duda es hoy el pan y la almohada.
La duda y el grito ciñendo las sienas y las ciudades.

La claridad y oscuridad juntas en el bosque
del engaño,
cuyas sombras revelan obscenas muertes.
Todos hablan y nadie escucha.
La hoguera del espejo arde; quema el fuego.
Sin embargo, la verdad es inoíble.
Hay un tira y afloja de sórdidas zancadas,
un abismo de ecos, memoria evaporándose
en el subsuelo,
espuma convulsa cuando sale del pecho,
bultos de una noche muda y frágil,
largas depredaciones rodando en las aceras,
latidos en un mundo de temerosa libertad
donde todos hemos vivido y nadie amanece.

Se escucha el día incierto
y la noche sin luz:
ecos, voces ardiendo en la bóveda hueca del dolor.
Se camina salpicado por golpes de granito:
la tristeza se expande como los muertos
en combate;
se vive no bajo el misterio de las sombras,
sino en el agua de la vida nocturna.
También, en la mano sorda del asesino,
en la luna llena de las alcantarillas,
en el mar donde la espuma asesta sus puños,
en los mismos brazos donde la tierra sirve de sábana
y la aurora de la luz duerme en la noche.

ENTRE LA OSCURIDAD CAMINO

*...y entre los muros que se tambaleaban
entré a la oscuridad para vivir.*

PABLO NERUDA

He vivido una época donde la muerte
tiene mil puertas y la risa muros de granito.
Espejos siniestros, hostiles, han calcado
el fuego y quemado las alas.
Entre la oscuridad camino: tempestad
rota, silbidos de oscuros dientes
muerden desde abajo la suela de los zapatos.
La vida y la muerte llenan de gusanos
la tierra, esta tierra donde vivir es una proeza:
oscuridad tras oscuridad, múltiples alfileres
para abrir los ojos y dibujar la noche
en las cuencas vacías.

Así es el orden de las cosas hoy. ¿El orden?
Los caminos son regiones oscuras
donde los paraguas del aire dan náuseas
y las casas ya no son espacios para el sueño
sino un río de soledad que traga la noche.

Todo vino de la espuma seductora.
Todo es hoy respiración de cuchillos.
El crimen no disimula su violencia,

LA VIDA ES MENOS VIDA

*Nadie puede entender el odio, la sed polvorienta;
pero el odio está ahí, amenazando con la desgracia.*

RICARDO E. MOLINARI

La vida es menos vida en esta tierra
donde las armas son aire y agua
y consuetudinario fuego sinsentido;
los días duelen en el pecho
y se transforman en oscura encarnación
de la noche.

La muerte transita por la venas,
las calles rondan de féretros las casas,
el cable y la tv no sirven para el entendimiento:
desde ahí se reparte la violencia
y se aprende a matar impunemente.

No se pueden poner los dedos en el horizonte:
alas amargas nos persiguen, vinagre la armonía,
horrible la forma habitada de la pólvora,
el cielo fugaz y los brazos cortados.

De la noche emanan noches tatuadas:
jóvenes cruzando el hervor de los cuchillos,
y los vitrales oscuros del crac;
pálidas guitarras del pavimento,

ojos sin ventanas, hundidos en aliento de tizne.
Campo de batalla es la tierra;
el beso piedra arrojada al aliento,
el pecho un árbol sin ramas para abrirse a la sombra.
Ahora se nace de augustas tumbas,
de plateados bisturís, oscuras virtudes,
puertas de trinchera donde los rostros
ponen sus pestañas de botaguas
y el esperma, sus cabellos de inaccesible destello.
La vida es apenas un eco en el camino:
uno ya no puede enjugarse la frente con los pájaros,
ni regresar los ojos a las ventanas:
la noche vital pulula en el aliento.

La neblina embota el intelecto:
los sueños sin zapatos, en la lanza del eclipse,
párpados a la deriva, sin espejos,
como un telescopio en los incinerados
barcos de la vigilia.

Este cuerpo de la noche crece, aserrín de metales,
túneles de agonizante ceniza,
suspiros cayendo al eco de los féretros:
la soledad platica con la muerte.
El esqueleto de la vida hermana
su calcio con el derruido grito del cuerpo;
lo hace también la risa
por los senderos sojuzgados de los túmulos;
lo hacen las arterias yertas,
sobre los litorales del musgo,
cuando la angustia quema las palabras

y el mundo llega, mar adentro,
a ser mácula de confusa orina
y oprobioso sacrificio.

ÍNDICE

7	Prólogo
12	Caminos cerrados
14	Plenitud del caos
16	Tierra del miedo
18	Cuando la noche se desplome
21	Oscura transparencia
23	Noche entre baldosas y bengalas
25	Acontecer diario
27	Bajo el caos, la palabra
29	Noches sin mancha, no barbarie
31	Delirium
33	Alucinaciones en el infierno
35	Cesen las armas y las guerras
37	Obstinados empeños
39	Raíces del insomnio
41	Paradojas
43	Tiempo atroz y sin sosiego
45	La muerte en la humanidad nace
47	Tiempo de bestias
49	Posesión de ausencia
49	I
51	II
53	III
55	IV
57	Negación de armonía
59	Examen de conciencia

61	Alfabeto del extravío
63	Vida bajo piedra
65	Vestíbulo del caos
67	Nuevos cánones
67	I
69	II
71	Con alguna esperanza
73	Realidad vivida
76	Entre la sombra de la noche y el blues
78	Caverna del escalofrío
80	Estación de catacumbas
82	Fuerza del escombros
84	Alta noche
86	Debajo del cielo
88	Con los ojos abiertos
91	Mirada entre oscuridades
93	Círculo de la polilla
95	Entre la oscuridad camino
97	La vida es menos vida

Esta
primera edición de

Caminos cerrados fue impresa en los talleres de Editorial Praxis, Vértiz 185-000, col. Doctores, del Cuauhtémoc, 06720, México, DF, en diciembre de 2008. La composición tipográfica se hizo en Adobe Garamond Pro de 32 a 8 puntos. El tiro, sobre ahuesado de 44.5 kg, es de 1000 ejemplares. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Carlos López.

